

EN MEMORIA DE MIGUEL ORREGO CORZO
5 de julio de 1945 - 9 de abril de 2025

Como dijera Alberto Cortez: “cuando un amigo se va, queda un espacio vacío”. Mi querido amigo, Miguel Orrego, ha dejado en mí un vacío. Fueron 63 años de conocerlo y conservar nuestra amistad. Lo conocí cuando él apenas tenía 17 años, era un adolescente. Miguel vivía en el sitio arqueológico Kaminal Juyú, donde su padre, del mismo nombre, era encargado de la vigilancia y el cuidado de la reserva del sitio. Yo recibí mi nombramiento como asistente del inspector general de monumentos del Instituto de Antropología e Historia en agosto de 1962. El inspector general, don Gustavo Espinoza, me llevó personalmente a conocer mi lugar de trabajo y a presentarme con don Miguel Orrego, padre de mi amigo.

El lugar es conocido como “la palangana” y es el montículo más grande conservado dentro de la reserva de Kaminal Juyú. Dado que don Miguel Orrego era el encargado de la vigilancia del sitio, obviamente, Miguel, su hijo, estaba allí y lo conocí desde el primer momento. Era un jovencito muy amigable y rápidamente empezamos a conversar, especialmente sobre el sitio arqueológico y los riesgos presentes. Durante mis primeros días de trabajo, Miguel fue mi guía y me llevó por todas las áreas adyacentes al parque, especialmente al suroriente de la reserva, donde se empezaba la construcción de los drenajes de una colonia adyacente a Quinta Samayoa. Miguel conocía cada centímetro de la zona y, en particular, las zanjas que se estaban excavando para instalar los drenajes mencionados.

Desde el primer momento, pude ver que Miguel llevaba la arqueología en las venas; su pasión por la disciplina se manifestaba en sus acciones, pues por las tardes, cuando no había trabajadores, exploraba las zanjas en las calles de la colonia, investigando y tratando de entender los perfiles que se dibujaban en las paredes de ellas. Cientos de trabajadores excavaban hasta tres o cuatro metros de profundidad y —como toda esa área formó parte de la ciudad arqueológica— era normal que los trabajadores hallaran artefactos prehispánicos de cerámica y de piedra. Miguel, consciente del valor que estos hallazgos podían tener para el patrimonio cultural, recorría las zanjas con la idea de rescatar para Guatemala lo que fuera posible. No obstante, enfrentaba una competencia desleal, pues un personaje adinerado tenía compradores de artefactos antiguos y adquiría todo lo que aparecía.

Lógicamente, los trabajadores preferían vender sus hallazgos que entregarlos al Estado, cuando encontraban una pieza de cerámica y Miguel aparecía, la destruían con sus picos. Por las tardes, seguía con su costumbre de explorar las zanjas armado con una cuchara de albañil, excavando en busca de piezas arqueológicas, pero sobre todo para entender cada rasgo cultural. El caso es que su trabajo dejaba las zanjas llenas de tierra, lo que enfurecía a los trabajadores, que luego de dejarlas

limpias tenían que sacar la tierra que él dejaba en el fondo. Cuando yo llegué, Miguel me llevó a conocer toda el área y pude entender su frustración de ver cómo los tesoros del arte maya eran sacados de contexto e iban a parar a una colección privada. Miguel, sin duda soñaba con llegar a ser arqueólogo, pero ¿cómo serlo sin los recursos que una carrera necesita?

Entre 1963 y 1964, el instituto ordenó a don Gustavo Espinoza hacer una inspección —a la que me pidió acompañarlo— para ver si era posible liberar un montículo en el que se pretendía construir una escuela, el cual se hallaba en la colonia San Vicente y allí apareció Miguel. Don Gustavo, que años atrás había trabajado con la Carnegie Institution en sus investigaciones de Kaminal Juyú, tenía experiencia y entendía ese tipo de arquitectura, empezó a explicarnos lo que sabía y nos puso a limpiar la parte que había sido cortada por un tractor al construir la calle. Poco a poco se fueron definiendo algunas líneas de construcción y así ambos aprendimos lo esencial en cuanto a este tipo de restos culturales presentes en el lugar. Finalmente, y por primera vez en la historia de Kaminal Juyú, logramos revelar figuras modeladas en arcilla, acabadas con pintura roja y, además, algunos elementos arquitectónicos —también con vestigios de pintura del mismo color— sobre los que éstas fueron puestas.

Después, en noviembre de 1964, fui invitado a trabajar en Tikal, a donde llegué en enero de 1965, y mi mayor y agradable sorpresa fue hallar a Miguel Orrego en ese maravilloso lugar, quien había llegado unos días antes. La Universidad de Pensilvania tenía el compromiso de formar arqueólogos guatemaltecos y tanto él como yo tuvimos el privilegio de ser seleccionados para tal fin. Participamos de las investigaciones en Tikal por cinco años, bajo la dirección de profesionales de esa institución, luego, en 1979, fuimos llevados a Pensilvania y en mayo de 1980 recibimos un diploma de la Universidad. En 1991, ambos fuimos reconocidos honoríficamente por el Colegio de Humanistas y la Facultad de Humanidades de la Universidad de San Carlos.

En resumen, Miguel Orrego y yo trabajamos juntos en el proyecto Tikal de la mencionada universidad por cinco años (1965-1969). Luego, entre 1970-1980, tuve el privilegio de ser el director del Parque Nacional Tikal y lo primero que hice fue invitarlo para que se incorporara a mi equipo técnico. El propósito era, en primer lugar, ampliar las áreas de visita y establecer mecanismos o parámetros apropiados para la conservación de la ciudad arqueológica de Tikal, esto incluía aspectos como vigilancia, senderos para turistas, investigación arqueológica, restauración y medidas de protección para los monumentos.

En 1981, dejé Tikal para ir a trabajar a la ciudad arqueológica de Copán, en Honduras. Más tarde, Miguel Orrego se embarcó en el proyecto más ambicioso de su vida, Tak'alik Ab'aj, y me invitó a colaborar con él, y así lo hice por unos meses, pero finalmente volví a Copán y a muchos otros sitios arqueológicos. Esto nos separó físicamente, aunque la lejanía fue solamente geográfica, pues siempre mantuvimos una relación amistosa muy estrecha, compartiendo siempre con gran entusiasmo lo que hacíamos. En diciembre de 2024, sin saber que sería la última vez que lo vería, disfrutamos de almorzar juntos. La idea era reunirnos de nuevo con nuestro común amigo, Amílcar Ordoñez, para enero de 2025, reunión que no pudo ser.



Miguel Orrego al inicio de la investigación y restauración en la estructura 5E-58 del grupo 5E-11, Tikal, conocida como Palacio de las Acanaladuras Verticales, 1973. Foto de Rudi Larios.



Miguel Orrego al inicio de las labores de investigación y restauración en la estructura 5E-58 del grupo 5E-11, Tikal, conocida como Palacio de las Acanaladuras Verticales, 1973. Foto de Rudi Larios.



Cuarto de Tikal, Museo U. Pensilvania 1979
Miguel Orrego trabajando

Miguel Orrego investigando y escribiendo en archivos del Proyecto Tikal, Museo Universitario de la Universidad de Pensilvania, 1979. Foto de Rudi Larios.

La carrera de nuestro querido amigo fue extensa pues, además de Tikal, trabajó en otros lugares como Yaxhá, Iximché, Naj Tunich, Río Azul, Finca Bolívar y Tak'alik Ab'aj. El entusiasmo y la decisión inquebrantable de Miguel Orrego hicieron que de una finca de café surgiera la ciudad arqueológica Tak'alik Ab'aj y que fuera declarada por la UNESCO como Patrimonio Mundial de la Humanidad el 18 de septiembre de 2023. Finalmente, quiero expresar a sus cinco hijos que comparto con ellos su dolor, pues la ausencia de su padre es una pérdida irreparable. No obstante, Miguel Orrego dejó para Guatemala un legado inmenso e imborrable, su memoria quedará para siempre en la historia de la conservación de nuestro valioso patrimonio cultural.

Con mucho cariño,

CARLOS RUDI LARIOS VILLALTA
Profesor Honoris Causa
Facultad de Humanidades
Universidad de San Carlos de Guatemala